



29 de mayo de 2022

Solemnidad de la Ascensión del Señor

I. NOTAS EXEGÉTICAS

Hechos de los Apóstoles 1, 1-11

¿Por qué se quedan mirando al cielo?

Jesús ha recorrido los caminos; ha llamado, formado y enviado a la comunidad de los apóstoles a predicar la buena noticia de la cercanía del reinado de Dios, evangelio que Él mismo predicó cuando se acercó a los pobres, cuando curó a los enfermos y cuando llevó un profundo mensaje de esperanza a quienes esperaban y anhelaban cambios sociales, culturales y religiosos, pero, sobre todo, a quienes con fe anhelaban el cumplimiento de las promesas predicadas antaño por los profetas: la cercanía inminente y la llegada contundente del Mesías prometido, el libertador.

El Evangelista San Lucas no fue testigo directo de las palabras de Jesús, pues fue compañero de Pablo, pero dejó su experiencia de fe vivida y narrada en lo que hoy se conoce como la obra lucana, formada por los relatos de los Hechos de los Apóstoles y por el tercer evangelio que lleva su nombre y en el que pretende el autor mostrar la divinidad de Jesús junto con su humanidad. La insinuación al hecho de la ascensión, que aparece de manera sutil en este pasaje, busca mostrar el cumplimiento de las promesas y la obra de Dios entre los hombres, circunstancia de la que serán testigos los apóstoles. El relato de la ascensión del Señor sirve de “bisagra” que une dos partes de la obra lucana, Lucas y Hechos (Lucas 24, 50 -53 y Hechos 1,6-11).

El pasaje que se presenta hoy señala algunos elementos que llevan a entender la misma obra. Allí se resume el libro de los Hechos de los Apóstoles, sintetizando la tarea de la predicación en Jerusalén y Judea, la cual va a ser adelantada por Pedro y los apóstoles y, a la vez, la misión de Pablo y sus compañeros de viaje, quienes llegarán al confín de la tierra. Además de hacer esta síntesis del libro, se da respuesta a la pregunta: *¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?*, indicando que es en el tiempo de Dios y no en el de los hombres en el que va a acontecer; solo basta con leer los signos de los tiempos para descubrir los “asomos” de Dios que acompaña, guía y anima a la comunidad a no perder la esperanza.

El relato que se ha proclamado corresponde solo a la introducción del libro; allí se hace una somera insinuación al misterio de la ascensión, puesto que será en los versículos siguientes donde se dejan ver algunos rasgos de lo que Jesús vivió en su ascensión y de lo que contemplaron sus discípulos, indicando que la ascensión no es un culmen de la presencia de Jesús y un final de su misión, sino la continuación de la obra de la predicación que ha de ser alimentada por la gracia del Espíritu Santo. *¿Qué hacen plantados mirando al cielo?* es la invitación a seguir esperando y creyendo, pero también a continuar en la tarea de ser testigos en movimiento para predicar el reinado de Dios a un mundo que en muchos ambientes se quedó estático en su experiencia de fe.

Salmo 46,2-3.6-7.8-9

Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas

Más que solamente un salmo, esta oración es un maravilloso himno en el que se recuerda la solemnidad y la grandeza del Señor como el Rey del universo, aquel que sembró la esperanza y acompañó al pueblo, quien estuvo en el desierto, pero también en el cautiverio y que ahora se alaba, haciendo memoria de la libertad y su cercanía.

Este himno es vital en el culto de Israel junto a muchos otros, en los cuales se invita a glorificar una y otra vez a aquel ante el cual se levantan palmas, a quien se le aclama con gritos de júbilo, al Dios sublime y tierno, que gobierna la tierra y que asciende entre aclamaciones. La expresión “Dios asciende entre aclamaciones” no es una invitación a quedarse estático o a contemplar a quien pareciera se va, es la figura de quien se levanta y permanece, aquel que se alaba sigue moviendo a su pueblo a caminar y a buscar el reinado, a crecer en la justicia y en el amor. Es a ese Dios al que se le tocan las trompetas, quién ha interpretado de manera armónica y con maestría el instrumento que ha llevado a la justicia y a la paz, pues es Él quién reina sobre las naciones y se sienta en su trono sagrado.

(Opción b)

Hebreos 9:24-28; 10:19-23

Cristo no entró en un santuario hecho por mano de hombre, sino en el mismo cielo, para presentarse ante Dios en favor nuestro.

Es importante en un primer momento recordar que esta carta fue escrita por un autor anónimo, quizá un sacerdote conocedor de la tradición judía, esto se deduce por el mensaje que contiene. El autor apela a los pasajes contenidos en las escrituras conocidas a profundidad por la comunidad de judíos, quienes han abrazado la fe y han puesto su esperanza y confianza en Cristo, pero a quienes es necesario recordar el acto salvador de Cristo, desde las mismas escrituras, las tradiciones y creencias. El texto pretende señalar la superioridad del culto, el santuario y la mediación de Cristo como sacerdote, por lo que el ambiente que señala el pasaje lleva al lector a una liturgia solemne realizada en el insigne santuario del cielo al que ha entrado Cristo y en el que espera a todos aquellos que con sincero corazón, en la plenitud de la fe y purificados en la conciencia, sean capaces de mantener la confesión de la esperanza, creyendo en las promesas de aquel que se ofreció como víctima, derramando su sangre, pues es Él quien promete retornar a salvar.

En el contexto solemne de la ascensión, este texto evoca la figura no tanto del lugar al que entra Cristo, sino al hecho mismo de la salvación prometida a quienes esperan y escuchan su invitación. Una esperanza que debe llevar al creyente a poner su confianza en aquel que promete volver para salvar, pero también en aquel que va a preparar el lugar para que lleguen aquellos cuyos corazones se han mantenido limpios. Es una liturgia sacerdotal en la que hay santuario, un sacerdote, pero sobre todo una invitación a no quedarse estático en la experiencia de la fe, sino hacerse testigo fiel de aquel que ha prometido volver para salvar.

Lucas 24,46-53 *Y ustedes serán mis testigos*

Al celebrar la solemnidad en torno a la Ascensión de Jesús, se proclama el pasaje final del Evangelio de San Lucas, en el que de una manera sencilla se invita a reflexionar este magnífico acontecimiento. Pero ¿cómo entender lo que se invita a vivir y a celebrar hoy? Implica antes que nada echar un vistazo a los pasajes que se han proclamado en los domingos anteriores, en los que se ha mostrado a Jesús despidiéndose de sus discípulos, haciéndoles una serie de recomendaciones orientadas a conservar la unidad y la fraternidad, junto al gran mandamiento del amor y la invitación a vivir la paz.

Del fragmento del Evangelio de hoy, se podrían sustraer tres elementos fundamentales que permiten acercarse al texto para una profunda reflexión. El primero de estos elementos es la memoria sobre el kerigma, aquella realidad que Jesús siempre recuerda cuando va acontecer un episodio importante, en este caso su ascensión, o cuando enseñó por el camino que debía morir para resucitar y resucitar para ser glorificado. En un segundo instante aparece la promesa del Espíritu Santo, la cual está unida a la tarea del testimonio que se vivirá, contemplará y predicará en Jerusalén, para dar paso al episodio de la ascensión, situado en la falda del Monte de los Olivos, junto al camino que conduce a Betania.

¿Cómo describir el episodio de la ascensión de Jesús? La ascensión es narrada por quienes fueron testigos, los apóstoles. El hecho de que se hable cómo Jesús vuelve a la casa del Padre asumiendo desde su naturaleza humana su divinidad, no se queda simplemente en detalles físicos en los cuales se relata una somera partida de regreso al Padre, sino una profunda experiencia de fe que se transforma en una extensa misión. Por eso, es importante entender que la ascensión de Jesús no es el final de un camino, sino el comienzo de una misión; no es una despedida, es un lugar de encuentro y de promesas; no es un acto circense en el que se ve una maravillosa acrobacia, es una profunda glorificación de quien se ha preparado luego de cumplir su tarea para retornar a la casa del Padre y celebrar en el templo santo esa gran liturgia eterna y santa. Jesús, quien se ha manifestado vivo y resucitado, lleva a que sus discípulos contemplen en este acontecimiento una profunda oportunidad para comunicar el evangelio que debe empezar a predicarse en Jerusalén, no por la exclusividad del lugar, sino por la necesidad, pues, aunque allí está el Templo, viven alejados de Dios o se hace caso omiso a la Palabra que han predicado desde antiguo los profetas.

En medio de esta realidad es donde se está llamado a ser testigo de lo que se cree y de lo que se espera, pasando lógicamente por la experiencia de lo que se vive. No es solo proclamar un mensaje religioso, sino hacer visible lo que se espera en la propia vida, haciendo posible y probable con la gracia del Espíritu, la promesa del Padre y el Hijo. Aunque pase desapercibido para muchos lectores, hay un signo que es sumamente sencillo y profundo y desde el cual se hace la invitación a vivir la fraternidad y es estar cerca a Betania, allí donde estaba la casa de los hermanos que recibieron siempre a Jesús con alegría. Es allí donde acontece el envío a esta gran misión, seguir siendo hermanos a través de un verdadero testimonio que los mantenga unidos y reunidos en comunidad, pero también es allí donde Jesús asume una actitud sacerdotal, bendiciendo con sus manos, a quienes deben emprender el camino de llevar el evangelio al mundo y tocar el corazón de cuantos no creen.

II. PISTAS HOMILÉTICAS

1. Los discípulos son los **primeros testigos de la Ascensión** de Jesús. Esto lleva a comprender que la experiencia de la misión y la vivencia de la comunidad son las fuentes para permanecer siendo testigos de aquel que encarga la misión de proclamar el evangelio.
2. Es importante entender que la Ascensión de Jesús **no es el final de un camino**, sino el comienzo de una misión; no es una despedida, es un lugar de encuentro y de promesas; no es un acto circense en el que se ve una maravillosa acrobacia, es una profunda glorificación de quién se ha preparado luego de cumplir su tarea para retornar a la casa del Padre y celebrar en el templo santo esa gran liturgia eterna y santa.
3. Resaltar cómo se une esta gran solemnidad de la Ascensión con el **acontecimiento comunitario y social que vive el país** y en el cual estamos llamados a ser testigos, siendo parte de una comunidad unida que viva el amor y la paz.
4. Entender que **la tarea de la misión se prolonga en el tiempo**, en los procesos humanos y religiosos de aquellos que esperan llegar un día a la contemplación del Señor, quién ha prometido prepararnos un lugar.
5. **Asumir responsablemente la tarea y la misión no implica el quietismo**, no es quedarse mirando hacia el cielo, sino ser contemplativos con la mirada en el cielo y los pies bien puestos en la tierra.

III. SUBSIDIO LITÚRGICO

MONICIÓN INICIAL

Hermanos, en el camino de la Pascua que vamos haciendo, conmemoramos hoy la Ascensión del Señor como un momento culmen en el que el Espíritu Santo nos permite comprender aquello a lo que, como Iglesia, estamos llamados: a compartir la Gracia que Cristo Resucitado nos da y la alegría que experimentamos porque su Cuerpo y su Sangre nos han redimido y hecho nuevas criaturas. Celebremos y participemos con gozo de los santos misterios.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Presidente Elevemos al Padre de los cielos nuestra súplica confiando en que, como Iglesia animada por el Espíritu de Cristo Resucitado, seremos escuchados.

R. Suba a ti nuestra oración como incienso en tu presencia.

1. Para que toda la Iglesia peregrina, con el papa Francisco a la cabeza, camine alegre hacia el conocimiento del Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo. Oremos.
2. Para que los gobernantes de las naciones, y de manera especial los políticos que hoy se presentan como candidatos en nuestro país, sean animados por el Espíritu de la Verdad que concede paz, justicia y equidad a toda sociedad. Oremos.
3. Para que movidos por el Espíritu Santo que Cristo junto al Padre nos envía desde el cielo, seamos uno en este camino de sinodalidad en la Iglesia y particularmente en nuestra arquidiócesis de Bogotá, en comunión con nuestro pastor Luis José. Oremos.
4. Por nuestra comunidad (*parroquial*) para que la gracia que hoy nos concede el Espíritu de Cristo Resucitado nos permita ser para el mundo signo de Amor y Unidad. Oremos.
5. Para que a todos los que necesitan de la misericordia del Señor sean aliviados y confortados por la Iglesia, que es bendecida por el Señor que hoy asciende a los cielos. Oremos.

Presidente Concede, Padre Eterno, a tu Iglesia suplicante la plenitud del Santo Espíritu y lleva a todos a experimentar la gloria que tu Hijo vive eternamente junto a ti en el cielo por los siglos de los siglos. Amén.